

Rev 259

# TOLEDO

Año II.

Núm. 63.

Viernes 15 de Diciembre de 1916.

Se publica el 15 y 30 de cada mes.

REVISTA  
DE ARTE

Director Gerente: Santiago Camarasa.

Oficinas: Calle de Núñez de Arce, 12, teléfono 59, Toledo.

## Ricardo Arredondo.

*Un nombre glorioso, que dice de arte y triunfo, nos sirve de título a este número.*

*Al hombre bueno y noble, al gran artista que así se llamó, se le dedicamos por entero, rindiendo un justo tributo a su memoria por celebrarse días pasados (1) el V aniversario de su muerte; un homenaje modesto por la forma y por ser nuestro, pero grande por la idea.*

*Enormemente grande por la admiración, por el agradecimiento que hacia él sentimos.*

*No podemos olvidar su vida de enamorado, como el que*

(1) El 5 de Diciembre.

*más, de este pueblo maravillosamente bello, de esta regia ciudad imperial, a él la dedicó completamente, reproduciendo en sus cuadros las bellezas que guarda y defendiendo su arte y sus monumentos.*

*Tenemos pruebas evidentes y categóricas de su labor, callada siempre, pero práctica como ninguna. Restauraciones y propaganda de nuestro pueblo, que le hacen acreedor a que Toledo le llame uno de sus preclaros hijos; porque Ricardo Arredondo, sin haber nacido en Toledo, era toledano; lo era por sentimiento, por ideales, por instintos del alma, que son los vínculos más sagrados y fuertes.*

*Arredondo, con sus cuadros, llevó nuestro pueblo por todo el mundo; su mercado era principalmente en Alemania, Francia e Inglaterra, y en todas ellas, obtenía los éxitos más felices y grandes.*

*Arredondo, con su talento, defendió siempre nuestro arte, magistral y único, y restauró dos bellos monumentos: San Servando y la Puerta de Visagra vieja.*

*Hechos son estos que, aparte de su gran valor como artista, uno de los mejores pintores de su época, merecen que Toledo, los que le viven en general, y los que le quieren y respetan, más especialmente, le rindan su devoto cariño, su admiración más grande.*

*Porque fué Ricardo Arredondo uno de nuestros más ilustres hombres.*

*El pintor de Toledo.*

*No podemos permanecer más tiempo indiferentes a este nombre. Todo por el glorioso artista; y así lo hacemos hoy.*

*Varios ilustres artistas y literatos, y con ellos nosotros, cumplimos en estas páginas el más grato deber de toledanismo y de caballerosidad.*

*Queremos, en su recuerdo y en nuestro honor, llevar a su tumba estas humildes cuartillas, escritas con dolor, con respeto, con veneración espiritual y romántica.*



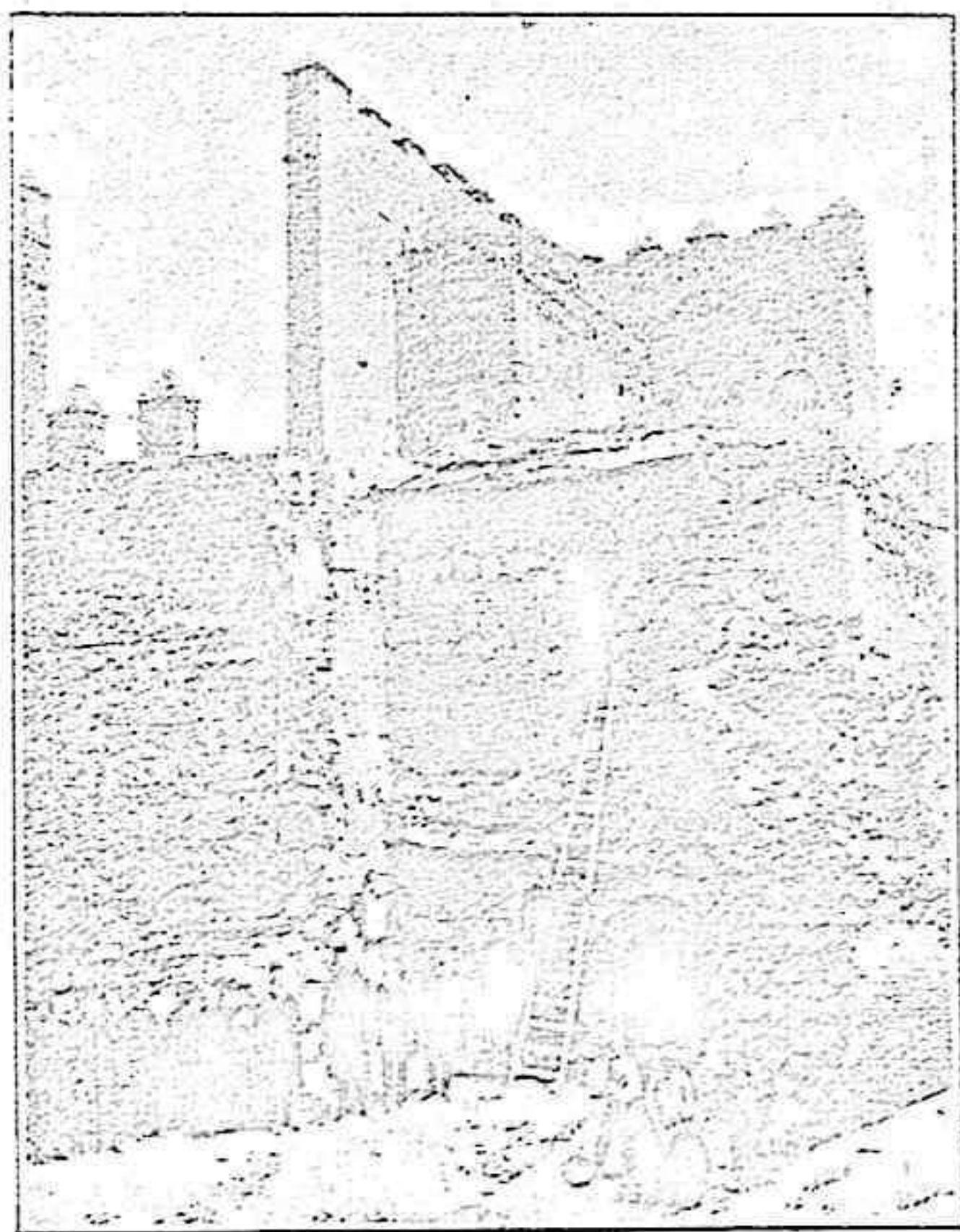
Fotografía de BUENAVENTURA SANCHEZ COMENDADOR

## Arredondo, en la restauración de la Antigua Puerta de Visagra.

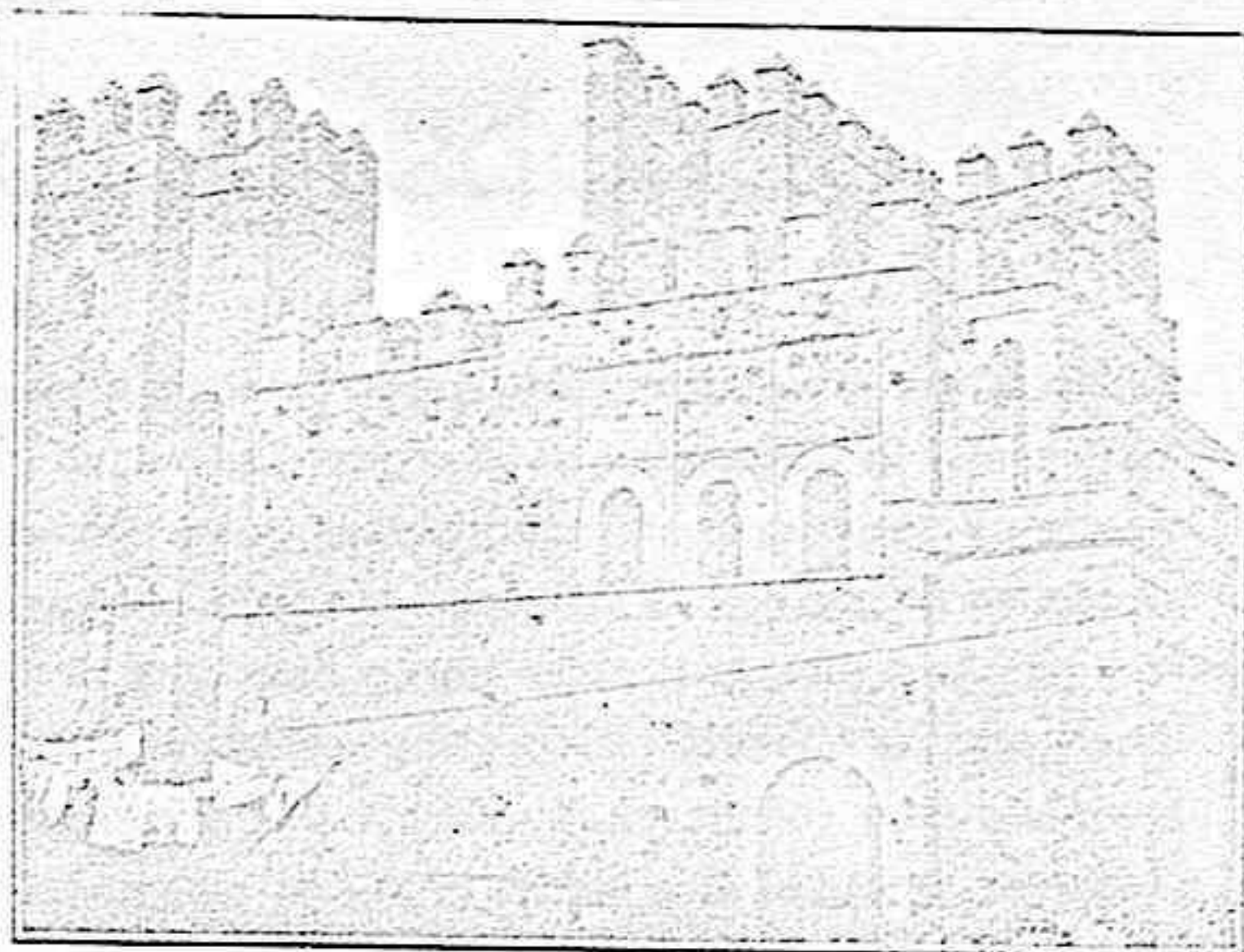
Desde muy joven demostró Arredondo sus aficiones artísticas, por lo que su familia decidió matricularle en la Real Academia de Bellas Artes de Madrid, donde figuró durante cuatro años como uno de los discípulos más aventajados. Con los conocimientos adquiridos volvió a Toledo, asociándose al entonces Arquitecto municipal D. Rodrigo Amador de los Ríos, a quien ayudó a dibujar y acuarelar los planos del nuevo Teatro de Rojas y en otros trabajos particulares, interviniendo en la restauración de un púlpito de Santo Domingo el Real y pintando muchos cuadros de antiguas callejuelas y portadas de esta ciudad admirables de color y factura.

Decidido a ampliar sus estudios, viajó por varias provincias y por el extranjero, siendo después comisionado para publicar una Revista Arqueológica de los descubrimientos más interesantes hallados en la ciudad extremeña de Mérida, regresando después a Toledo, donde definitivamente se instaló en una casa antigua que adquirió en la plaza de las Carmelitas con un torreón y parte de la antigua muralla de Wamba. Allí vivía solo muchas temporadas, como un bohemio, trabajando en sus cuadros y cuidando los tiestos con preciosas flores que le servían de modelo para sus cuadros más bellos.

Frente á su estudio, atravesando la carretera de la Ronda, había un terreno que servía para labrar piedra, y además era un vertedero público; este terreno acordó el Ayuntamiento convertirlo en un paseo, y de estas obras se encargó Arredondo, que era entonces Concejal. Este paseo se llama del



Aspecto de la Puerta de Visagra antes de la restauración.  
Fotografía de LUCAS FRAILE



La Puerta de Visagra después de restaurada.  
Fotografía de PABLO RODRIGUEZ

Cambrón, y bien debiera ser llamado *Paseo de Arredondo*.

Conocido entre los artistas por haber presentado cuadros y obtenido premios en varias Exposiciones, fué nombrado Académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y agregado a la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Toledo, en la que trabajó sin descanso, especialmente en la apertura de la Antigua Puerta de Visagra, cuyos son los dos fotograbados que se acompañan: uno, representa dicha Puerta antes de ser restaurada, y el otro, después de verificada la apertura y restauración del histórico monumento.

Lo exiguo de la cantidad disponible para tales obras lo suplió la actividad y el interés con que trabajó Arredondo para dar cima a esta empresa, sin separarse de la obra desde por la mañana hasta la noche, sufriendo los calores intensos de todo el verano, desarreglado en las comidas y sin que valieran las amonestaciones de sus compañeros de comisión, uno de ellos el que suscribe, que aunque procuramos ayudarle y cumplir decorosamente con nuestra misión, declaro con ingenuidad que no tuvimos la grandísima abnegación de nuestro compañero.

Tan satisfecha dejó a la Comisión de Monumentos y a su Presidente, el Gobernador civil Sr. Marqués de la Fuensanta de la Palma, la gestión de Arredondo, que unánimemente se acordó proponerle para la Cruz de Alfonso XII, cuya propuesta no admitió si no iba acompañada con las de sus dos compañeros de Comisión especial para la dirección y estudio de las obras citadas, y que habían contribuido con él al triunfo definitivo; la Comisión accedió con tal que Arredondo fuere agraciado; pero esta propuesta no tuvo resultado favorable, y a este desencanto se siguió el disgusto de ver que D. Ricardo Arredondo había adquirido una enfermedad que después de varias operaciones quirúrgicas le llevó al sepulcro.

¡Fué un verdadero mártir del Arte toledano! Mas nadie le oyó quejarse de sus contrariedades y siempre se mostraba satisfecho de haber contribuido a conservar en su querida ciudad un monumento que estaba llamado a desaparecer por el abandono y el olvido.

Ezequiel MARTÍN  
Arquitecto.

Toledo Diciembre de 1916.

# Juicios críticos de Arredondo.

Tres ilustres pintores contemporáneos, a quien nos hemos dirigido, nos honran con sus bellas cuartillas, en las que nos hablan con gran sinceridad y admiración del ilustre artista.

## ARREDONDO

El Sr. Director de esta revista me pide nada menos que un juicio crítico sobre Arredondo como pintor.

Necesitaba yo para ello poseer condiciones de que carezco por completo, como carece siempre quien al Arte se dedica, para juzgar obras diferentes de las suyas. El crítico no puede ser artista. Si ha de hacer verdadera crítica tiene que venir de fuera del Arte, de aquellas regiones donde se piensa mucho más que se siente, y yo no estoy en este caso. Si a esto se añade la gran dificultad de ver sin pasión la obra de un artista en cuya intimidad se ha vivido más de treinta años, a cuyo lado se ha trabajado y con quien se ha discutido todo lo discutible, resultará que es de toda imposibilidad en mi cualquier tentativa de juicio crítico sobre Arredondo pintor.

Como artistas no teníamos jamás coincidencias. Con el mismo asombro que él me veía manchar una tela de ocho metros, le veía yo a él apurar los detalles microscópicos de una tablita. Ambos necesitamos muchos años para poder apreciar cada uno la obra del otro. Hasta en el trabajo éramos completamente diferentes; yo era dejado y hasta holgazán; él llegó a ser una verdadera máquina de pintar, a la que no arredraba ni el sol de estas abrasadas tierras, ni la nieve, ni la enfermedad, ni las contrariedades de todo género; una voluntad sin ejemplo la movía, haciéndola producir incesantemente, sin que por eso su trabajo tuviese nada de maquinal o indeliberado.

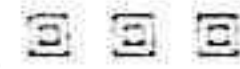
Su obra es enorme. Puede decirse que pintó cuanto Toledo tiene de pintoresco y típico en sus calles y sus cercanías. En todo ello sobresale de modo especial el detalle; pero construido de manera pasmosa, sin daño del conjunto y tratado con verdadera espontaneidad. Era en mi sentir el Meissonier de las callejas toledanas y de los cigarrales, que pintaba con la misma maestría que el otro los soldados napoleónicos y los mosqueteros. Allí donde había adornos mudéjares, tejados ruinosos o casuchas desvencijadas sin una línea en su sitio, su pincel sabía encantar con la variedad de la forma y la riqueza del detalle. Tras de un plano acabadísimo sabía pintar otro y otros más, y aun hallaba manera de poner en último término una rejita donde se veían, distintas y acabadas, las flores de un tiesto imperceptible. Conocedor de la arquitectura y los detalles decorativos arábigos, sabía realzarlos de modo atrayente. En el extranjero tuvo un público numeroso entre los que conocían nuestra encantada ciudad,

tan rica y variada en rasgos pintorescos de los siglos medios. Toledo debe a este aragonés, su apasionado, el haber difundido sus bellezas, y es muy justo que le recuerde y le honre.

Arredondo amaba el lujo; pero el lujo por la belleza. La casa de su propiedad en que tenía el estudio mostraba habitaciones decoradas con gusto selecto. Maderas talladas, bordados y tapicerías, todo era obra de sus manos, pues este trabajador infatigable no era accesible a la fatiga, y después de pasar el día al sol, en el campo, ante el caballete robaba al descanso gran parte de la noche para esos trabajos de arte decorativo, y aún le quedaba tiempo para conocer la literatura reciente, pues era gran aficionado a la lectura.

Como hombre, era de un corazón abierto a todas las delicadezas del sentimiento. Honrado, caritativo en grado sumo, y, como aragonés genuino, valiente y arrojado hasta la temeridad. Tenaz y violento en sus opiniones, que defendía con denuedo. Su desaparición fué para mí el primer escalón de la vejez que bajé de repente. Aunque jamás nos poníamos de acuerdo en nuestras constantes discusiones, yo necesitaba el acicate de su violencia como creo que él necesitaba algo de mi constante calma.

Vicente CUTANDA



## Arredondo, pintor.

Arredondo fué, ante todo, un técnico. Influidó poderosamente por las tendencias predominantes en el alborear de su existencia que representaban con avasalladora supremacía Meissonier en Francia y Fortuny en España, Arredondo rindió un culto fervido al detalle.

Meissonier, espíritu prodigioso, supo elevar la pintura miniaturada que creó, hasta la categoría del más grandioso arte, pues los personajes de sus cuadros, cuyos tamaños se miden por centímetros, dan la sensación completa y absoluta de HOMBRES, de hombres con proporciones, músculos y espíritu humanos, capaces de realizar los imponentes y trascendentales hechos que representan.

Fortuny, temperamento enamorado de la belleza en su trinidad sublime de forma, dinámica y color, fué síntesis admirable de los anhelos estéticos de su tiempo e imperó con luz propia sobre todas las constelaciones de artistas que destellaban sus fulgores en el sombrío cielo de aquella época. Su poderosa influencia es aún sensible para cuantos siguen atentos el estudio del desenvolvimiento de las fases del arte pictórico mundial.

En ese ciclo del arte fué cuando Arredondo desarrolló sus facultades artísticas guiado por la inteligente dirección de

Matias Moreno, notable discípulo de Federico de Madrazo, el cual había nacido a la vida del arte en aquel turbulento periodo de los románticos, adoradores del cuadro histórico que tuvo por indiscutibles pontífices a Delacroix y Delaroche y contribuyó poderosamente a la emancipación del yugo académico.

Arredondo, después de haber recibido su primera educación artística de este inteligentísimo maestro, desvióse del camino del arte puro, pues se dedicó durante algunos años a colaborar en la obra «Monumentos arquitectónicos de España», y en tal digresión encontramos la clave del secreto por el cual Arredondo, cuando volvió a mirar frente a frente a la naturaleza, la estudió más como arquitecto que como pintor, más como constructor que como artista, y buscó en el artificio de una bella factura—tal vez sugestionado por la incomparable y personalísima del gran Fortuny—lo que la naturaleza le brindaba y él desdeñó.

Así, sus cuadros, lo mismo los de paisaje que los de perspectiva—pues Arredondo cultivó poco el estudio de la figura—, son unas superficies tan irreprochablemente dibujadas, que no hay en ellas ningún detalle, ninguna línea que no haya sido cuidada con un esmero, con un afán, verdaderamente *honrado*, según su propia expresión.

¡La formal... ¡El relieve! ¡La luz!... Todo esto reside en cada uno de los pequeños detalles que van, uno tras otro, tejiendo la trama de sus cuadros.... Con el mismo amor, con igual empeño, busca la belleza en un trozo de ladrillo, en un fragmento de roca, en cada una de las hojas de un árbol....

Para Arredondo todo detalle tiene derecho a las mayores consideraciones; nada debe ser tratado con menosprecio; cada individualidad debe manifestar su yo en todo el poder de su fuerza.... Cualquier pequeño trozo de un cuadro de Arredondo, subyuga y produce admiración....

Sube ésta aún más al contemplar toda su labor; pues todas las obras de este luchador incansable están construídas, pulimentadas y bruñidas con igual propósito de *echar el resto* en cada centímetro cuadrado; todas buscando siempre el mismo efecto de luz; todas tratando de elevar a la más alta categoría el último detalle pintado y obteniendo la íntima satisfacción de conseguir casi siempre el resultado propuesto.

Este afán de excederse a sí mismo en todo momento, de humillar la riqueza del detalle anterior con la mayor proligidad del sucesivo, debió proporcionar muchos y legítimos triunfos íntimos al artista, quien en todo momento vió confirmada su victoria ante la delectación que su primorosa factura producía en el público, que, maravillado por ella, adquiría sus obras.

Mas lo inconcebible es que con tal afiligranada labor, este artista produjo miles de obras. Su laboriosidad, su tenacidad para el trabajo, nos muestra a Arredondo como un modelo casi insólito.

Arredondo, absorbida toda su atención en la factura y en el detalle, jamás se preocupó del enfoque de su retina sobre el motivo principal, ni concedió importancia al color, al am-

biente ni al espíritu que palpita en la naturaleza. Por esto, sus cuadros deben mirarse de cerca, pues son un conjunto de bellezas que no busca la belleza del conjunto.

José VERA



## El pintor Arredondo.

A fuer de amante del Arte y de admirador de sus ilustres intérpretes, me atrevo a solicitar modestamente un lugar en este número de la benemérita revista TOLEDO, dedicado a la memoria del eminente pintor Arredondo, para unirme a los toledanos en este justo tributo que hoy se rinde al artista insigne que en Toledo realizó obra tan intensa y tan bella, tan fecunda y tan honrada.

“Para el arte y por el arte, fué su lema. Consagrandó a él su vida en Toledo, alma y corazón puso en sus cuadros toledanos, pues que su alma y su corazón de artista palpitan en cada uno de ellos.

Alguien ha dicho que “el Arte es la Naturaleza, vista a través de un temperamento... A través del temperamento artístico de Arredondo vemos, en sus cuadros, la Naturaleza, representada con mayor fuerza de expresión, más bella que a nosotros nos pareció cuando la contemplamos directamente. Lugares que nosotros habíamos contemplado con cierta indiferencia, nos cautivan en sus cuadros. Es que en ellos puso Arredondo su alma. Eso es el Arte; ese fué el artista Arredondo.

Honremos su memoria.

Carlos MORAL



## Un pincel de RICARDO ARREDONDO

En sitio preferente le tengo colocado en mi modesto estudio, como valiosa reliquia del inspirado artista que supo sorprender esas típicas tonalidades toledanas de luz y sombra, aquélla extraña y brillante, y ésta poética y misteriosa, piedra de toque de esos artistas, propios y extranjeros, que, habituados a las generalidades del color, vienen a Toledo, a la ciudad venerable, fiados en su riqueza de detalles y artísticos conjuntos, ansiosos de conseguir lo que sólo a Arredondo fué factible lograr.

A Arredondo, con harto sentimiento mío, no pude contarle en el número de mis amigos; tuvo pocos, porque no le vino en ganas tener muchos....

Para él, sus mejores amigos fueron su Toledo, sus pinceles y colores; nuestro artista era poco sociable, y tal vez hacía bien; prefería la *sociedad del campo*, que calla, a la sociedad de la ciudad, que más alto o más bajo, siempre acostumbra a murmurar; tratándose de murmullos estimaba los del Tajo, cuyo rodar suave o enfurecido inspirábanle aquellos paisajes, ya jocundos, ya sombríos, según que el sol alumbraba a toda luz o se envolvía en negros nubarrones, y que el pincel tranquilo o nervioso, en uno u otro caso, decía de cosas de alegría o de brutalidades de color.

Yo conocí las obras de Arredondo en muchas Exposiciones de Madrid; llegué después a Toledo, muy después, y conocí personalmente al artista; pero no pude conocer al hombre..... Presentáronme a él y me estrechó atento las manos varias veces..... pero..... nada más; no era sujeto Arredondo que se prestaba a dejarse conocer. ¿Era acaso un poseído de su Arte? No. Hallábase poseído hacía muchos años de aquella tremenda dolencia que, al torturar su deleznable materia, *mató* el alma también del hombre y del artista.....

Murió Arredondo y con él el arte pictórico genuinamente toledano; su musa vistió de luto y continuará vistiéndole, interin no surja un nuevo genio, cuya refulgente luz logre desvanecer aquellos negros crespones.

¿Surgirá pronto el sucesor de Arredondo? Tal vez. Murió el gran artista y entonces conocí al hombre.

Era un día de Junio. Mi buen amigo D. Constantino Garcés, predilecto del que fué, invitóme a visitar el estudio del artista. Quedé admirado..... y entonces pude conocer al hombre y al artista por completo: a éste, sólo con contemplar su magnífico cuadro del *Taller de curtidores*, y a aquél, al estudiar su grandioso museo de pinturas, de antigüedades, de arqueología, en donde, más aún que las muy notables obras de pincel, dominaban los muebles, reproducciones y telas árabes, mudéjares, góticas y de Renacimiento, en su mayoría construídas y confeccionadas por el gran pintor. ¡Hasta el propio mobiliario de su uso! ¡Pero todo... abandonado..... víctima del polvo y de la herrumbre..... preso del descuido, mucho sin terminar, como si aquel gran museo, en muchas partes, hubiera sido pasto del saqueo de un enemigo cruel!

Entonces, sí, fué cuando conocí al hombre y al artista; aquellas obras trajéronme a la memoria al hombre prodigioso del siglo XVI que supo fundar la inimitable escuela florentina, que se llamó Miguel Angel, el gran pintor, arquitecto, escultor, arqueólogo y decorador de su época, y surgióme inmediato el paralelo entre uno y otro artista, sin dejar por ello de conocer y de apreciar distancias, diciéndome: Como Miguel Angel, Arredondo fué hombre grave, severo, pensador, inflexible en sus resoluciones, constante y entero en sus designios, inexorable en sus empresas, sin que le dominara otra pasión que el amor al Arte; ni preocupara su ánimo otra cosa durante muchos años que el terrible padecimiento que le llevó al sepulcro.

Como Miguel Angel, Arredondo fué poco apegado a la fortuna que conquistó con sus brillantes pinceles; despreció las comodidades de la vida y se distinguió por la austeridad de sus costumbres, diferenciándose Arredondo de aquél, en el carácter, porque Miguel Angel poseyó un espíritu evangélico y bondadoso, y nuestro artista, no.

Aquella su enfermedad, al mortificar la materia mató el alma.

Visitado detalladamente aquel estudio-museo, al cruzar el gran salón, díjome amablemente Garcés:

—¿Quiere usted poseer un recuerdo de Arredondo?

—¿Por qué no? Y muy honrado—contestéle contento y reconocido—.

—Tómele, pues, y guárdele como oro en paño. Y el amigo Constantino entregóme e hizo dueño de un pincel plano, aún tinto en duro y seco bermellón.

El pincel de Arredondo lo guardo desde entonces con cariño como a cosa sagrada, porque él fué uno de tantos de los que fueron usados por el gran artista para producir alguna de aquellas obras que fueron señaladas por D. Francisco Alcántara como símbolo de nuestro Renacimiento y «flores de lozana planta que, arraigando en las ruinas, extrajo de ellas los jugos de nueva y poderosa vegetación».

Javier SORAVILLA

# ARTISTAS TOLEDANOS

## Ricardo Arredondo.

¡Plon, plon, plon!...

Retumban sonoras nuestras llamadas, en la puerta de la casa del artista.

Hace frío, y en aquella plaza grande, destartalada, se siente más; un gran amigo que fué del artista, nos acompaña, e impaciente, vuelve a llamar.

Pablo, impaciente también, y no por el frío, sino por la ansiedad de conocer aquello, vuelve a coger el llamador para repetir, pero no le da tiempo, porque la puerta se abre.

Adentro vamos, descubiertos, que en aquella casa, desde el portal, todo son recuerdos del artista y ellos merecen de nuestra mayor veneración.

Una linda señorita nos conduce, atravesando el estudio en el que trabaja un artista extranjero, a las habitaciones particulares, donde se halla la familia. Es un comedor grande, regio; un gran ventanal al fondo, le presta la belleza de tanta alegría, de tanta luz, y luz grata, limpia, luz del campo, el que se domina con todo su esplendor, con toda su belleza; más bien parece un cuadro de los suyos: los cigarrales típicos, con sus casitas blancas, con sus cerros oscuros, su verde honito; y abajo, el río saltando presas, corriendo, corriendo....

En las paredes: tapices, cuadros, obras suyas....

En el techo: artonados maravillosos; la puerta y ventanas, guarnecidas de cenefas de madera tallada, obra suya también, magnífica.

En todo domina la idea, la mano del gran artista, del gran señor, que no es casa aquella de menor linaje.

Saludamos.

El amigo nos presenta a aquella señora y señoritas, que tienen para nosotros, humildísimos devotos del artista, su más delicada atención.

La idea que nos lleva y nos domina, nos hace intimidar prontamente con aquellas buenas damas, que nos atienden con demasiada benevolencia y no saben sino repetir su agradecimiento por el plan que nos proponemos.

Y charlamos entusiasmados de todo aquello, de la vida de su hermano; la respetable señora nos habla igualmente gozosa, rememorando lo que es gloria y honor para su apellido.

—Vivimos aquí—nos dice orgullosa—tranquila y deliciosamente, entre todo esto que es tan suyo, tan personal.

Ricardo lo hizo todo, lo dirigió todo; esto fué toda su vida—.

Dice con razón; las envidiamos su suerte, de vivir en la mansión más bella, más ilustre; en la casa santa de un artista glorioso, en el museo de su arte magistral.

—Esto demuestra la actividad de su hermano, la labor tan constante que hizo—la decimos admirados de tanto trabajo, de tanta obra suya, de los innumerables detalles que atesoran aquellos aposentos.

—Trabajó mucho, siempre—responde.

—Fué un gran luchador, un gran laborioso—añade el amigo que charla con las sobrinas del artista.

—¿Su hermano se hizo pintor en Toledo?—

—Si señor, después de haber aprobado algunos semestros en la Academia de Infantería, carrera que empezó por indicación de nuestro tío, el Capellán mayor de Reyes; pero rebelde siempre, no se sometió a la rigurosidad de la milicia, y dejó los estudios. Después, estuvo un poco tiempo, al parecer inerte, pero formando una vocación, un plan—.

—En nuestra compañía—nos dice el amigo—recorría estas callejuelas y alrededores. Nosotros, por afición, tomábamos apuntes, mientras concluíamos nuestras carreras y nos preparábamos para oposiciones y estudios más superiores.

Varias veces le interrogamos sobre su pensamiento, y callaba; llegábamos hasta indicarle que debía dedicarse a la pintura. «Estoy estudiándome hace tiempo; necesito crear una voluntad decidida; cuando la tenga, buscaré un profesor y seguiré rectamente el camino que éste me trace—nos decía.

—Un día, algún tiempo después, nos confesó que había trazado su plan y pidió ser presentado a D. Matías Moreno, lo que hicimos complacidos, pidiéndole todo su apoyo, todo su interés para aquel amigo entusiasta del arte y amante de Toledo y de sus glorias y bellezas.

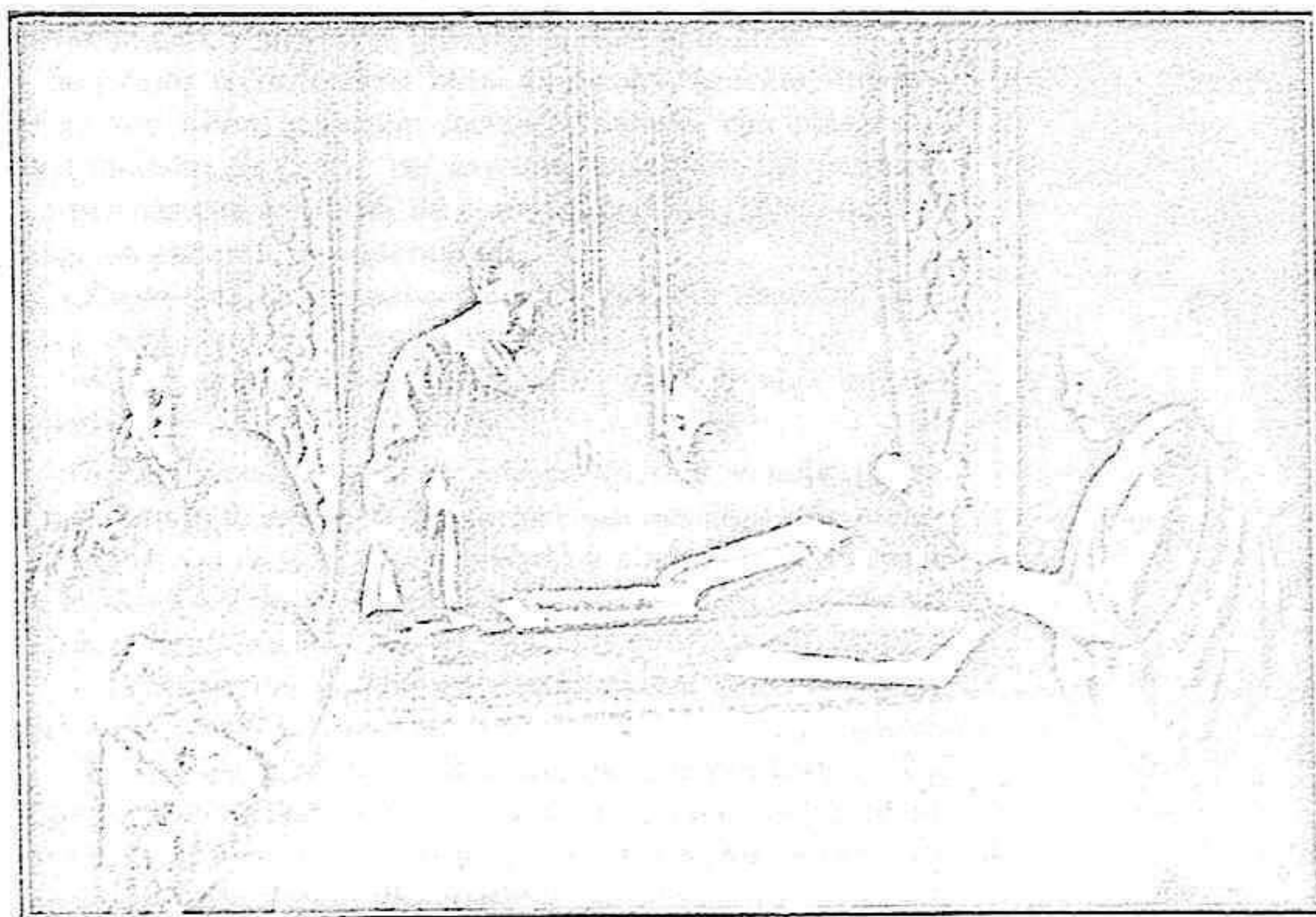
Y, en efecto, D. Matías se le prestó. Le enseñó todo su arte—.

—Y fueron los mejores amigos—dice su hermana, que, disimuladamente, se lleva el pañuelo a los ojos.

—Varios años pasados al lado de D. Matías Moreno—continúa el amigo—cultivando el dibujo con verdadero entusiasmo, hicieron de Ricardo un verdadero artista—.

—Y empezó a triunfar rotundamente—dice una de aquellas señoritas—.

Todas, antes calladas, quieren hablar; no pueden prescin-



La familia de Arredondo.

Fotografía de PABLO RODRIGUEZ

dir de resaltar los méritos del tío, y señalan sus triunfos, detalles de su arte, de su vida.

Después—dice la señora—, siempre trabajando, y sobre Toledo siempre: sus calles de líneas desiguales, laberínticas, las puertas de sus casas, las torres de sus iglesias, sus hierros, sus rejas, sus paisajes, a los que dedicó toda su atención, y los que ha popularizado por todo el mundo—.

—Qué bien los hacía—la interrumpimos.

—Mire usted—nos dice una de aquellas muchachas, señalando a una tabla preciosa que tenemos delante.

—Mire usted ésta—nos dice otra.

—Mire aquél—. Y son todos lindos, muy lindos, suyos, típicos, del pintor más toledano, del mejor pintor de su época.

—Pase por aquí y verá más—. Y pasamos por unos pasillos, llenas sus paredes de tablas, de lienzos suyos, a un salón magnífico, tapizado de rojo, con una monumental chimenea tallada, y molduras igualmente talladas en madera, que es una preciosidad; todo él está lleno de caballetes con cuadros, sus paredes llenas también.

Allí están los de «Las Tenerías», «El Cristo de los pescadores» y otros a cual más bellos, a cual más interesantes.

—¿Todo esto valdrá mucho?—las interrogamos indiscretos.

—Bastante, bastante—replican modestamente.

—Muchos extranjeros vienen buscándolos, y cuando pase la guerra vendrán más, nos lo han dicho ellos mismos.

Principalmente en Alemania hizo un gran mercado. Allí sus cuadros figuran como los primeros entre las mejores colecciones; no en valde la viajó con alguna frecuencia y laboró en ella por su prestigio y nombre artístico—.

—¿Obtuvo muchos premios?—

—Bastantes, muchos—.

—No todos los que merecía—la interrumpe el amigo, que no puede callar—y esto motivó que no concurriera a muchos certámenes—.

—Fué también—nos dice la venerable señora—miembro de muchos jurados y de muchas comisiones—.

—Ya, ya lo sabemos; laboró siempre por y para el arte. Fué un apóstol de él, un verdadero artista—.

Y lo decimos convencidos, no solo por lo que sabemos, sino por aquello que nuestros ojos admiran, por aquella magnificencia de su arte y de su regia morada; suya, porque fué dueño de ella, y más suya todavía, porque él la creó.

Seguimos recorriéndola toda: su alcoba, sencilla, interesante; otro salón, pequeño, recogido, íntimo, con más obra suya, modelos de época; las paredes, tapizadas; las puertas, guarnecidas con molduras de yeso; las cortinas rojas, bordadas.... un encanto, una maravilla....

—Dicen que su hermano tenía un carácter especial, que era.... —no nos atrevemos a continuar—.

—Sí, un poco retraído. Le gustaba poco la vida en sociedad—.

—Tuvo épocas—sigue el amigo, que le vemos gozar recordando todo esto—en que limitó sus relaciones de amistad; se hizo un misántropo; paseando y pintando por el campo, se identificó en términos tales con él, que su carácter se hizo más extraño aún—.

—¿Es cierto que marchó en cierta ocasión con unos gitanos?—interrogamos.

—Ciertísimo, y con ellos hizo una tournée por los pueblos de la provincia, comprando y vendiendo ganado mular. Identificado con éstos sus nuevos amigos, en trajes, en costumbres y pensamientos, perdió gran parte de su capital—.

—¿Le producía mucho su arte?—

—Mucho: de lo que dió bastante, gastó no menos, y nos

dejó algo, en esta casa, con sus muebles y sus cuadros, y algún dinero en el Banco—.

—¿Tuvo muchos amigos?—

—Muchos y muy ilustres. Pérez Galdós, el ilustre literato, que venía con alguna frecuencia a visitarle; Parellada, Arráiz de Conderena, y otros; pero sus únicos, sus verdaderos amigos, fueron Pérez Morales, Cutanda y éste, D. Fernando, a quien siempre distinguió con su más sincero afecto—.

—Nos quisimos mucho—replica éste.

Y andamos más, y pasamos a la estufa, toda repleta de macetas llenas de flores; un delicioso jardín, su lugar predilecto.

Si no supiéramos que había sido artista, esto nos lo diría: flores, macetas, y en tal diversidad y con tanta belleza, que nos dice más, más....

Jóvenes, con ilusiones, con cariños, sentimos muy dentro la fragancia de sus aromas y la divinidad de sus formas: flores.

No es más grata esta casa, por este pasaje sencillamente encantador. Admiramos más a Arredondo porque conocemos ésta su mayor debilidad, que nos habla con gran acierto de su corazón.

Pensamos en él, pero entre sus flores, en su intimidad.... y no podemos callarlo.

—¿Tuvo amores?—seguimos siendo indiscretos.

—En cierta ocasión dijeron.... —recuerda su hermana— pero nada, la hija de un buen amigo suyo, que era una gran pianista, una artista de corazón como él, y se identificó con su arte, nada más, pero la gente murmuró.... claro que mi hermano no hizo caso, ni concedió ninguna importancia; después.... nada....

Vivió siempre completamente sólo, sin más amor que su arte y su Toledo. ¡Pobre Ricardo!—

Es el instante solemne.... callamos todos.... cae la tarde, volvemos al salón rojo; por el amplio ventanal se divisa el paisaje obscuro.... y enfrente, un espejo, le refleja.... es un cuadro más.

Sentimos un frío intenso, una gran emoción.... temblamos; cerramos los ojos y parecemos vivir aquellos instantes de locura, en nuestros primeros años, que tirábamos caramboles en el casino sin cansarnos, y D. Ricardo, enfrente, en una mecedora, nos miraba fijamente.... fijamente....

Nos mira.... nos mira ahora también....

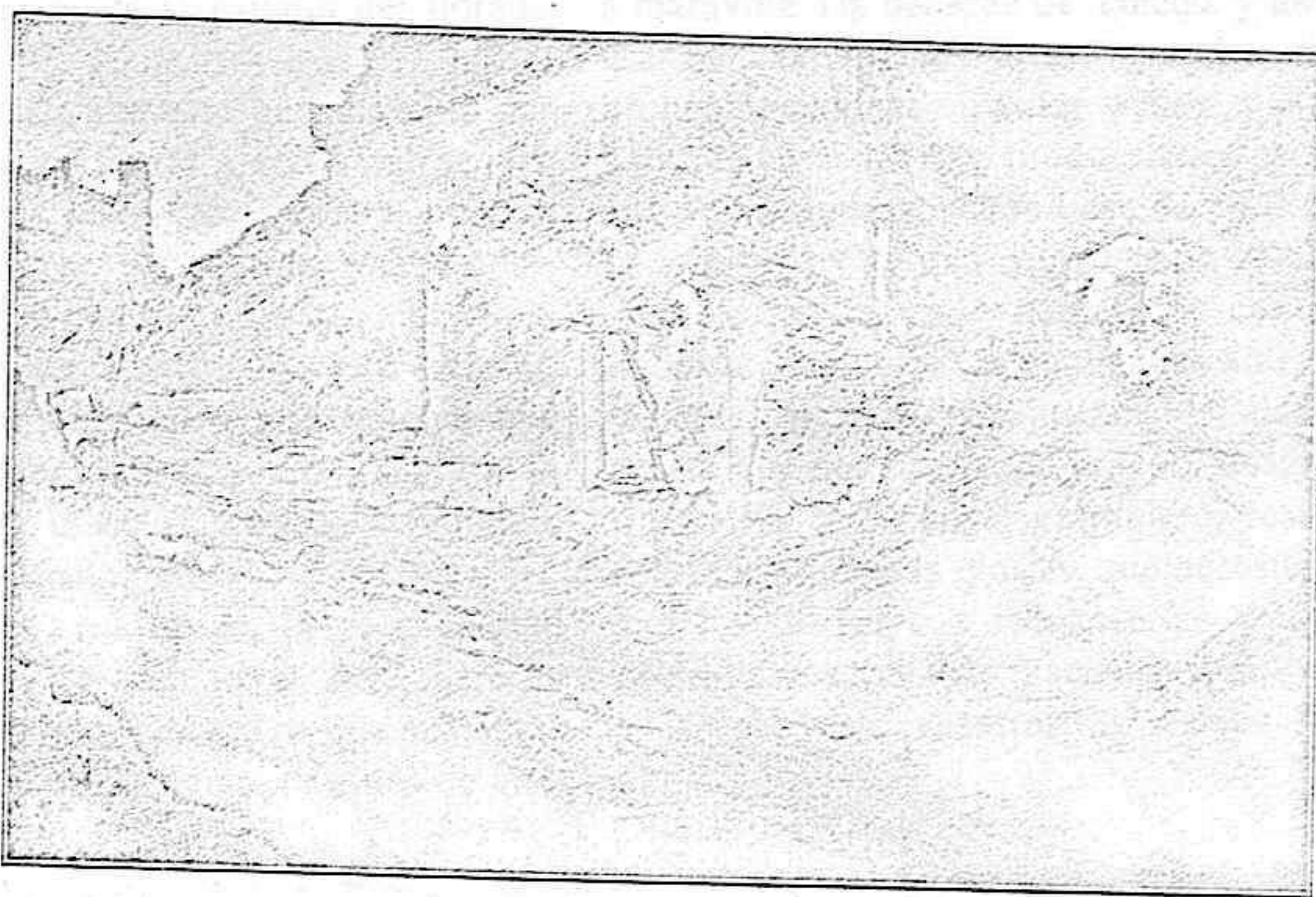
Vak.



....y D. Ricardo, en una mecedora, nos miraba....

Fotografía de CARLOS VILLALBA

# PAISAJES TOLEDANOS



Cuadro de Arredondo.

\*Reproducción fotográfica de PABLO RODRIGUEZ

Los lienzos de Ricardo Arredondo, han sido y son una bella realidad de nuestros paisajes, de nuestros rincones típicos y misteriosos.

De estos parajes, que la naturaleza prodiga en todas partes, y aquí, en Toledo, la ciudad única, la gran ciudad imperial, ha regalado con más detalle, más profusamente: Convencido de que para tal pueblo tales alrededores, de que Toledo merece más, más.....

Los artistas triunfan copiándolos, porque no puede haber más bello modelo, porque es el más artístico original; porque ante ellos son más artistas los que lo son: porque ante ellos, todos somos artistas.

No puede haber quien permanezca indiferente contemplándolos.

Se siente lo bello, la vista se extasia, goza complacida. Se satisface muy noblemente un grato placer, el más sentido, porque es espiritual, romántico.

En este cuadro de Arredondo, el gran pintor, el notable artista que consagró su vida a Toledo, vemos uno de tantos bellos paisajes: Es uno de los muchos lienzos del ilustre toledano. Es una linda obra que nos ha hecho sentir más intensamente el amor al Toledo bello.

Contemplámosle, y sentimos, como en la realidad, el rumor del Tajo, que abajo, por entre las piedras salvajes, por debajo del puente magnífico de Alcántara, corre, corre apresuroso, y salta las presas de los molinos y suena rítmico, monótono, pero bravo siempre.

Siempre altanero, majestuoso siempre.

La realidad nos convence, no oímos nada, no llega hasta nuestra mesa de trabajo ningún rumor, pero tenemos delante

la tabla de Arredondo, y admiramos más que lo que ella copia. Vemos, al otro lado del Tajo, en parangón soberbio, la mole del Toledo que se alza sobre otras peñas iguales a estas y domina con sus torres y sus murallas los alrededores; domina toda la vega del río.

Es bella la diferencia: a un lado, el soberbio Alcázar; abajo, las viejas puertas de la ciudad relicario; a otro, las montañas bravas, las piedras desnudas, brutas, que los pinceles mágicos de Arredondo han copiado tan magistralmente.

Y sobre las piedras, sobre la belleza de tan rudo conjunto, se yergue la silueta fantástica por lo que fué, pero real porque existe, del regio Castillo de San Servando.

Sus muros, sus torres oscuras, son su corona. El complemento de su belleza.

La realidad del dominio del hombre sobre la bravura de la naturaleza; que, aun en estos cuadros, conserva su poder, porque un claro talento de artista, cuando los pintaba, sentía muy dentro una santa devoción, un sagrado amor de hombre bueno para la grandiosidad de Toledo, que llamaba su patria.

Santiago CAMARASA

☐ ☐ ☐

Al Excmo. Ayuntamiento de Toledo.

Suplicamos se digne honrar la memoria del ilustre artista D. Ricardo Arredondo, poniendo su nombre al paseo del Cambrón, que él dirigió.

Tiene la palabra la Corporación municipal.

☐ ☐ ☐



## El estudio de Arredondo.

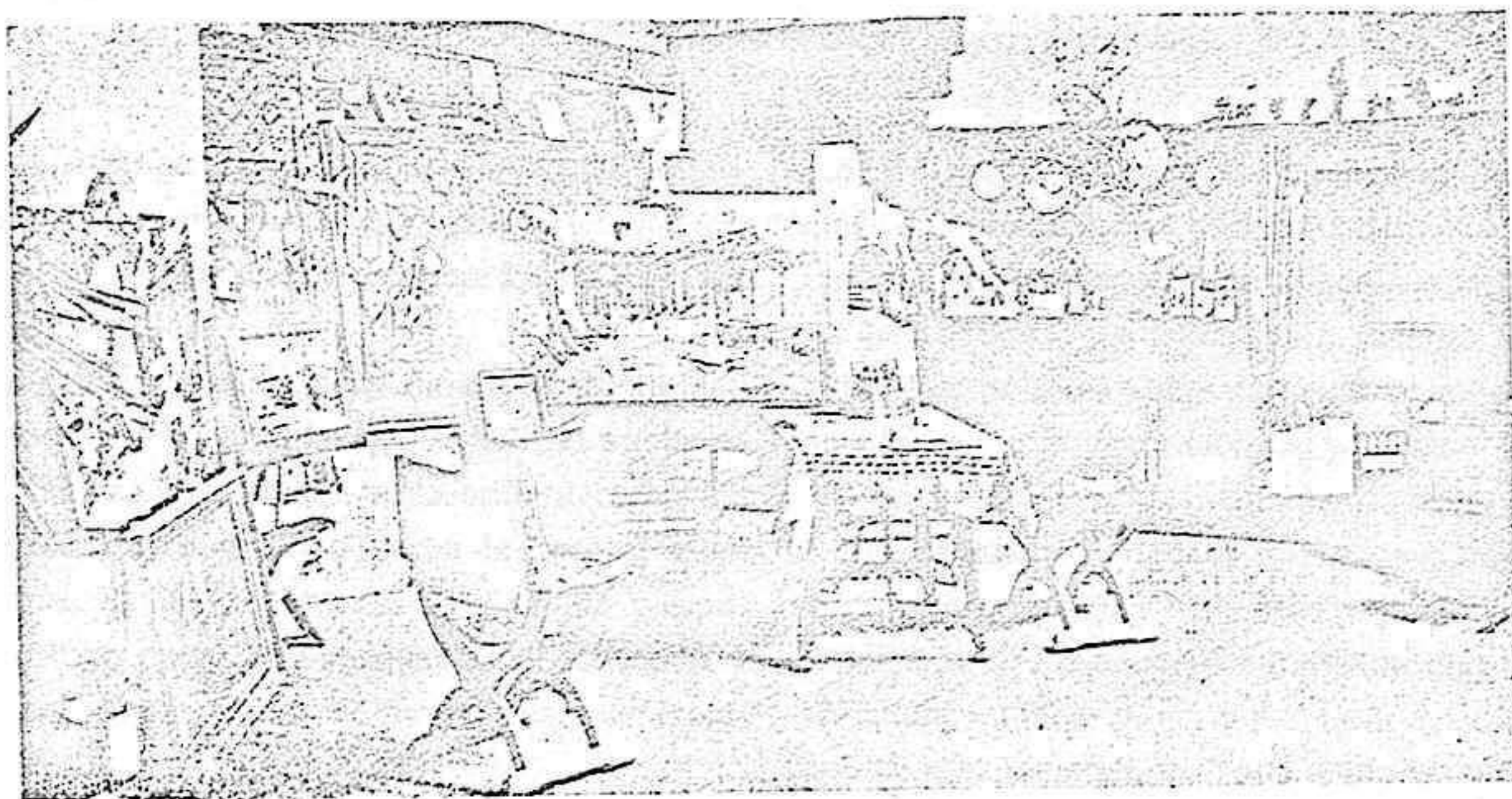
Me remonto a la fecha del 10 de Abril de 1900, en que hice mi primera visita al estudio del llorado artista.

Solo por fuera conocía una casa que, mirando por un lado a San Juan de los Reyes y reclinándose por otro sobre aportilladas murallas, pudiera parecer inhabitada para el que no supiera que estaba dedicada y que, como el Arte que allí reinaba y dominaba era plácido y tranquilo, nada trascendía a lo exterior, que, a lo más, revelaba el silencio y la quietud que necesitaba el artista para crear lo que su imaginación concebía. Esa casa era la de D. Ricardo Arredondo, de un artista ilustre y distinguido.

Conocía su nombre, sus obras, la personalidad que un artista tiene en el mundo del Arte; pero no conocía su intimidad ni el ambiente en que sus obras se realizaban; después de conocido, después de visi-

esos cuadros estaban reproducidas y caracterizadas a maravilla las bellezas de Toledo y aun aumentada esa belleza, gracias a los grandes conocimientos arqueológicos que su autor poseía y el gusto exquisito que en todas sus producciones campeó. Hechas sus obras sobre la sólida base de un firme y concienzudo dibujo y de una composición inteligente y altamente artística, están aderezadas con un color que en nada desdice de las cualidades anteriores.

Mas, la fama tan justamente alcanzada por el artista que nos ocupa, no era por desgracia en nuestra Patria como en el extranjero, resultando, como con todas nuestras glorias, que necesitamos que vengan los de fuera a reconocerlas y apreciarlas y a decirnos una vez más, haciendo que salga el carmín a las mejillas: vosotros no sabeis lo que teneis ahí.



Fotografía de CONSTANTINO GARCÉS

tar su casa, hube de decirme, como cualquiera se diría: el que así sabe vivir, cosas muy buenas ha de saber hacer.

Cuando entré en su estudio, el de mi fotografiado, la síntesis de un Arte refinado apareció ante mi vista, y entre obras que sólo su contemplación puede dar idea de ellas, estaba Arredondo como padre cariñoso rodeado de los hijos de su talento artístico; recibíome con una atención exquisita, y pasada la primera impresión me dediqué a ver los muchos objetos que, en la bella y revuelta confusión que sólo los estudios de los artistas presentan, se hallaban distribuidos por habitaciones en que hasta los menores detalles revelaban la mano del que los hizo y los arregló; y entre tan hermoso conjunto se veían los cuadros originalísimos que le dieron nombre a Arredondo; en

Arredondo, que relativamente era poco conocido en España, era conocidísimo en el resto de Europa, y los que en las demás naciones tienen buenas colecciones de obras de pintores contemporáneos, ponen en lugar preferente la firma de Arredondo.

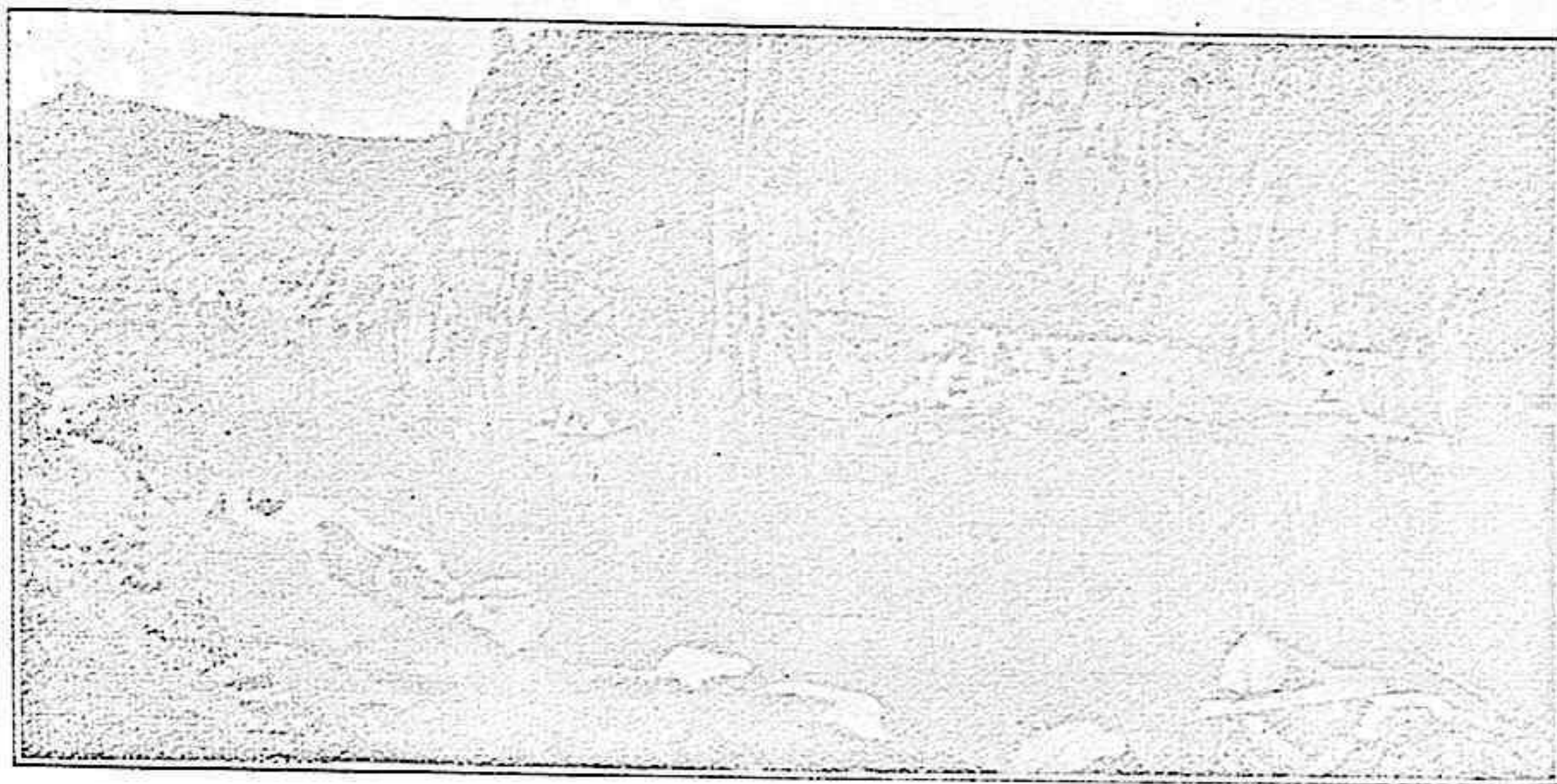
Desde aquella fecha fué íntima mi amistad con el artista; así lo sabían sus otros amigos, y después de su muerte fui por ellos el encargado de custodiar aquel templo, que encerraba un museo completo de la reproducción del paisaje toledano.

Hice entrega de él a sus hermanos, pasado un lapso de tiempo, y hoy continúa en el mismo estado que el gran artista lo dejó; pero he de decirnos que en aquel estudio aprende, trabaja y admira sus obras.... un extranjero amante de la artística Toledo.

Constantino GARCÉS

# “El Cristo de los pescadores,”

Cuadro de D. Ricardo Arredondo.



Fotografía de nuestro redactor artístico PABLO RODRIGUEZ

En uno de los sitios en que el Tajo lleva con más propiedad su nombre por ir encajonado en el *profundo tajo* que forman los altos riscos y empinados cerros sobre los cuales la sin par Toledo se alza orgullosa.

Por esa hondonada con aspecto de sima que por un lado limitan las agrestes alturas sobre las que se halla la ermita de la Virgen de la Cabeza, y en frente, en la orilla derecha del río, se destacan los acantilados que sirven de base al viejo edificio de la cárcel, va la corriente del Tajo, rápida y espumosa al chocar con las peñas que se levantan de su fondo y que algunas acusan ruinas, de un molino tal vez, que arrasaron las aguas.

¡Cuán hermoso y poético es aquel sitio, que apenas se ensancha un poco hacia la confluencia del arroyo llamado de la Cabeza, donde hay un pequeño espacio arenoso, al que sólo es posible llegar bajando con peligro por una estrecha y tortuosa senda, la cual desciende desde los altos de la citada ermita.

En Toledo, la ciudad tan rica en leyendas y tradiciones, es conocido este paraje con el nombre de «El Cristo de los pescadores».

Tal vez fué debido este nombre a alguna tradición que se ha ido desvaneciendo al pasar de unas generaciones a otras, o acaso a una leyenda que encarnó en el espíritu popular, dando motivo á una devoción hacia la santa imagen del Crucificado, al cual invocaban en sus tribulaciones los miseros pescadores de aquellas riberas.

Quizás fué obra solamente de la imaginación del pintor representar en una oquedad de las rocas una pequeñísima capilla con el Santo Cristo enclavado, y ante el altar el sacer-

dote y el monaguillo celebrando el santo sacrificio de la misa, que contemplan varias personas desde unas lanchas próximas; que tal es el asunto del admirable cuadro «El Cristo de los pescadores», pintado por D. Ricardo Arredondo en los últimos años de su vida, y al cual se refiere el fotograbado que ofrecemos al lector en estas páginas.

Acaso creó su fantasía un acto de devoción motivado por el siguiente hecho, en el cual intervino él muy principalmente.

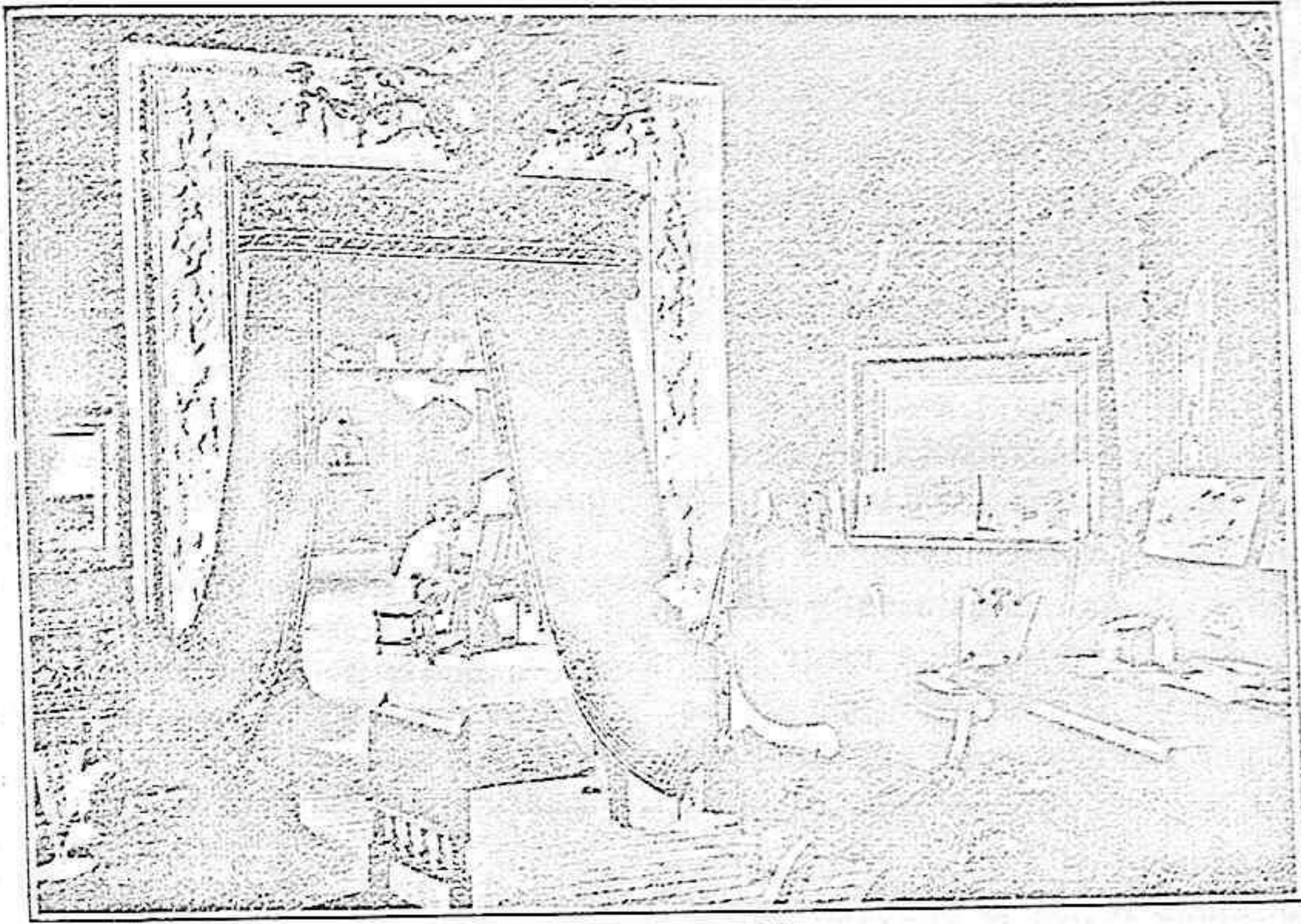
Era una apacible mañana de primavera, y hallándose Arredondo en aquellos sitios tomando apuntes para sus obras, vió a una mujer a quien la corriente del río arrastraba hacia uno de esos remolinos en cuyo fondo se halla el trágico fin de una existencia. Rápido como el pensamiento, se abalanzó Arredondo a salvarla, lográndolo al cabo de penosos esfuerzos, y yendo después a refugiarse a un molino próximo (quizás el que llamaban la Vieja) donde le proporcionaron ropas hasta que se hubieron secado las suyas.

¡Vaya un asunto bonito para los forjadores de historietas y novelas toledanas!

Yo sólo sé decir que he interrogado a varios pescadores, antiguos vecinos de aquellas barriadas, y me han determinado concretamente el sitio descrito, conocido con el nombre de «El Cristo de los pescadores»; pero no se ven señales de en donde haya existido la capillita con el Santo Cristo; y respecto al hecho referido, lo conoce la familia de Arredondo, y quizás pueda ser también conocido por otras personas más o menos ligadas con la protagonista de aquel suceso.

Antonio ESCRIBANO

Toledo, Diciembre de 1916.



Vista del salón rojo y el estudio.

## La casa del pintor.

Tal influencia ejerce el medio en la vida de los individuos que, aun a los más rebeldes y contrarios, les absorbe y adapta. Por esta razón, cuando el medio es simpático, atrae al artista con la misma velocidad que el imán al hierro.

Tanta importancia tiene, para los que al arte se dedican, el rodearse del ambiente favorable a la producción de sus obras; que cuando esto no ocurre, queda de hecho inutilizado para realizarlas.

De la vida misma y su ambiente, ha de recoger los asuntos en que se inspiren sus trabajos. Por esto ha de observarla en todos sus aspectos y luego elegir aquellos que en ella se manifiesten con verdaderas condiciones de belleza y de conformidad con su temperamento, á fin de representar fingiendo realidad con apariencias de la misma vida, valiéndose para ello de formas, colores, sonidos, cuando no de la palabra escrita.

Pero, si el literato y el músico necesitan recogerse en sí mismos para desarrollar su obra, y toda imagen externa no relacionada con ella les perjudica, no así le ocurre al pintor, puesto que le es de absoluta necesidad tener dispuesto a toda hora un escenario reducido donde poder combinar la luz y la distancia al objeto de simular, auxiliándose con aquellos accesorios propios del caso, el fondo del cuadro donde tuviera lugar la escena que se trate de representar. Claro está que esto solo debe hacerse cuando dificultades inevitables impidan hacerlo en el sitio mismo donde se supone ocurrido el hecho elegido.

Hombre de su tiempo, Ricardo Arredondo respondió á su época de manera rotunda y enérgica, como rendido enamorado de la ciudad y el campo. Con libertad de acción y dejándose llevar de su vocación decidida y de su temperamento de artista exaltado, eligió a la ciudad única para vivir rodeado de un ambiente de absoluta conformidad con sus ideales.

Al goce de esto debió acomodar sus aspiraciones cuando le vimos afincarse decididamente aquí, siendo el motivo principal de esta determinación la necesidad de tener a

mano un espejo donde reflejar en pequeño el conjunto que le ofrecía la ciudad rodeada de su paisaje agreste, a cuyo contacto había de surgir su inspiración siempre, en el sentido como pintor realista de casta española, de continuar en la dirección tradicional que este medio tan netamente legendario le imponía.

Y aunque lo esencial sea la realidad viva que nos ofrece el misterioso conjunto de la ciudad vieja con sus nuevos habitantes, no lo es menos para el pintor tener dispuesta en todo momento una cámara de reducción donde poder evocar y reproducir aquello que le interese. De aquí la grandísima necesidad para nuestro artista, de procurarse un estudio.

Contando con el decidido apoyo pecuniario de su padre y de su tío, eligió para ello el derruido Palacio o Casa de Vargas, cuyos restos, espléndidos aún, contemplamos junto a la Diputación. Esto sólo acredita el buen gusto de Arredondo y su inclinación hacia la vivienda ampliamente tradicional unida a la condición de tener a la vista el campo abierto para contemplarlo desde ella en las diferentes estaciones.

Pero éste su primer propósito no llegó a realizarse a causa de algunas dificultades, y de salir a la venta otro señorial palacio abandonado, y tan bien situado como el referido, propiedad entonces del «tío Cascarriscos», cuyo palacio fué adquirido y puesto definitivamente en manos de Arredondo.

Señor y dueño de esta casa nuestro artista, no sabemos si por dificultades económicas o por no encontrar entre los artifices toledanos elementos hábiles a quienes confiar la interpretación de sus deseos, es lo cierto, y aquí se nos manifiesta en todas sus fases este hombre extraordinario, que eligió para edificar el estudio y demás habitaciones necesarias para vivir, los desvanes del edificio, con objeto, sin duda, de encaramarse en lo más alto, y, desde allí, disfrutar el espléndido paisaje que se ofrece a la vista. En esta obra de verdadero titán, Arredondo trabajó sin descanso, haciendo de arquitecto, de albañil, de carpintero, de herrero, de escultor, de pintor, de ebanista, de tallista, y todo ello con gran acierto.

Obra suya es en aquella casa el salón de exposiciones

donde, aprovechando un techo de renacimiento español que allí existía, lo completó con un friso de grutescos y hojarascas, modelado y vaciado por él en yeso. Asimismo modeló y reprodujo en esta misma materia una preciosa chimenea sobre cuyo cuerpo bajo apoyó otro del mismo estilo, tallado en madera de nogal, excelente obra si se tiene en cuenta la espontaneidad de su autor. Armonizando con lo antes descrito existe, también vaciada en yeso, la decoración de dos puertas que sirven de entrada a este salón, y cuyo fondo está cubierto por una acertada imitación de cuero de Córdoba. Las puertas y dibujos de los borbales de las colgaduras, también son suyas, apreciándose en todo ello la acertada caracterización del estilo renacimiento, por el que sentía singular predilección.

Con acertadas composiciones de este mismo estilo, y obra suya también, están decorados su dormitorio, el saloncito rojo, el comedor y la biblioteca, donde los muebles armonizan tan justamente con lo demás, que no parece visitar la morada regia de uno de aquellos magnates del siglo de oro. Tal es el poder del arte, cuando embellece con inteligencia aun a los materiales más pobres.

Pero cualquiera que fuere la causa que llevara a nuestro malogrado artista a realizar estos prodigios de inquebrantable perseverancia, es evidente que le pusieron en trance de pagar, como lo hizo más tarde y con gran generosidad, la deuda que todo artista morador en Toledo, y de Toledo vive, contrae con esta ciudad que los siglos encantaron, restaurando con grandísimo acierto dos de sus más históricos monumentos: la Puerta de Visagra Vieja y el Castillo de San Servando. Por esto solo, Arredondo es acreedor a que los toledanos le consideren entre los más decididos defensores de su tesoro artístico y le correspondan con el agradecimiento que merece el que probó con hechos su cariño a la ciudad.

Aurelio CABRERA Y GALLARDO  
Escultor.



## Ricardo Arredondo.

Fuera de la ciudad, en el campo, saturándose de naturaleza y de verdad, entre los floridos almendros de los cigarrales, guareciéndose de algún chubasco bajo la derruida techumbre de antiguos molinos o telares, surcando el Tajo en derrengada barquichuela construída por sus manos para afrontar desde la orilla el sol canicular toledano, así sorprenderemos, conoceremos a Ricardo Arredondo; así le hallaremos y nos pondremos en contacto con el artista verdaderamente toledano, con el paisajista incansable, con el luchador incesante, que vió deslizarse los años sin notar que su vida pasaba y sin más noción de tiempo que la de la estación, la del color que el cielo y el campo presentaban y que brindaba á su paleta preciosidades siempre antiguas y nuevas todos los años.

Arredondo sentía a Toledo, aunque no era toledano. Arredondo amaba a Toledo. Si, apremiado por asuntos o necesidades de la vida, se le veía fuera de Toledo, la sonrisa de desdén que aparecía en los la-

bios del artista, con profundo sabor melancólico, daba a entender claramente que la sensualidad, que el refinamiento de la moderna civilización no era su ambiente, que no sabía vivir en el regalo, que era esclavo de una idea noble, que luchaba por ella, que lucharía por ella hasta la muerte, aceptando gustoso los sacrificios que su realización le impusiera.

En Toledo, solo y al aire libre, vivía Arredondo. Las golondrinas y ruiseñores eran sus amigos. Los peñascales toledanos, las negruzcas aguas del Tajo, dieron vuelo a sus ensueños, fueron testigos y confidentes de las amarguras y alegrías que de continuo abaten y levantan el alma del artista.

A veces, en primavera, venía un zagalillo saltando por las peñas a traer a D. Ricardo un ramo de lirios y azucenas. Era otros días una mujer, una cigarralera, la que, secándose los ojos con la punta del mandil, contaba sus penas a D. Ricardo, o un pobre abuelo el que, tomando el sol, se extasiaba ante el cuadro, contemplando lo «propia» que estaba la casita, los árboles, la puesta del sol.... ¡Qué bien pintaba don Ricardo!....

Esta fué la familia de Arredondo, la sociedad, los amigos de D. Ricardo. ¡D. Ricardo!.... El que dió trabajo al mozo cuando quedó *parao* en el invierno. El que llevó a la chica a Madrid para que la curasen los ojos. El que dió el dinero para *sacar* la ropa que estaba empeñada.....

Tal era Ricardo Arredondo.

En España, en el extranjero, se estima como merece su obra pictórica, sus cuadritos risueños y alegres, llenos de luz y de ambiente toledano. Su memoria, el recuerdo amable de D. Ricardo, perdura también en el campo de Toledo, y si el zagalillo de los ojos grandes ya no hace ramos *pa* D. Ricardo, si la buena cigarralera no guarda ya el caballete y la caja, ni el abuelo pronuncia su nombre sin añadir cada vez ¡Dios le tenga en su santa gloria!...., las golondrinas y ruiseñores preguntan por él, los cerrucos del Valle, el arroyo de la Cabeza, los molinos de la Vieja, las aguas del Tajo, el tomillo y el romero, se extrañan de no verle, de que la mirada de Arredondo no les interroge, de que el pincel de Arredondo no sorprenda sus encantos y se los robe una vez más, para que sirvan de alegría entre las brumas de otros climas.

Arredondo, como el artista de Asís, encontraba semejantes, amigos, hermanos, en las obras todas de la naturaleza y.... se comprende. Esos hermanos, que algunos creen mudos o irracionales, son los solos compañeros, los confidentes únicos que puede hallar un artista.....

Rafael DE LEON

